

ct

# Cuentos de la Alhambra: la leyenda del Peregrino del Amor

de  
Pilar G. Almansa

*(fragmento)*

*WASHINGTON IRVING, solo, en escena. Vestido con camisón decimonónico. Tiene un candil al lado, y está dormido. Le despierta un ruido fuerte.*

WASHINGTON

¿Quién es? ¿Quién anda ahí? *(Se da cuenta de que están todos los niños.)* ¿Quiénes sois vosotros? Sois... fantasmas de la Alhambra, ¿verdad? Fantasmas, fantasmas... Llevo así ya varias noches... Me despierto y estáis ahí siempre, vosotros, los fantasmas de estas paredes... Pero ¿no sois fantasmas? ¿No? ¿Quiénes sois, entonces? Ah... sois niños. Niños. Uff... menos mal. Niños... Estaba empezando a asustarme... Aunque los fantasmas de la Alhambra no siempre asustan... No son fantasmas de esos de "Buuuuuu" *(a los niños)* ni "Baaaaaaa". Son fantasmas que cuentan historias que han sucedido entre estas paredes. A mí me gustan mucho las historias... ¿y a vosotros? Yo necesito las historias... para poder escribirlas. Ah... no me he presentado. Mi nombre es Washington Irving, soy escritor y vengo de Estados Unidos. Estoy de viaje por Granada y paso unos días en la Alhambra, y duermo aquí, en el Generalife... una torre donde han pasado mil historias...

*WASHINGTON baja al patio de butacas.*

Pero la más fabulosa de todas esas historias es la del príncipe Ahmed, la leyenda del Peregrino del Amor. El príncipe Ahmed creció encerrado en esta torre, y ¿sabéis por qué? Porque cuando nació, los astrólogos predijeron una gran desgracia...

*Sale ASTRÓLOGO, se dirige al centro del escenario y en una cuna en la penumbra realiza su predicción. Subrayado por música.*

ASTRÓLOGO

*(Pomposamente, y mirando al cielo.)* Oh, príncipe Ahmed, hijo del rey, los planetas y las estrellas del cielo parece que vagan solos, pero unidos forman constelaciones y signos, palabras de una lengua celeste que solo comprende quien quiere escuchar. *(Mirando a la cuna del príncipe.)* ¡Oh, buen príncipe Ahmed, tú, que serás rey de Granada algún día!, mirando en el cielo tu futuro, los astros han hablado, y te auguran dichas y riquezas durante toda tu vida. Mas, ¡oh, príncipe Ahmed!, tu vida será dichosa y grata si creces apartado de la palabra "amor". No habrás de oír su melodía, ni escuchar su canto, hasta que te hayas convertido en todo un hombre. De lo contrario, todos los bienes que los astros te han regalado en tu nacimiento se volverán desdichas e infortunios. Príncipe Ahmed, que no permita Alá que sepas del amor hasta que llegue el momento...

*Sale ASTRÓLOGO. WASHINGTON, que sigue en el patio de butacas, retoma la historia. Mientras sucede este parlamento, en el escenario se cambia la escenografía hasta completar el Generalife.*

WASHINGTON

El padre de Ahmed, que era el rey de Granada, al oír esto decidió que su hijo crecería apartado del resto de la humanidad, y sobre todo, apartado de las niñas, de las jóvenes y de las mujeres... Para que nunca tuviera contacto con el sexo opuesto, hizo construir una torre dentro del palacio de la Alhambra, una torre con jardines, estanques y fuentes... Esa es la torre donde yo estoy durmiendo,

¿eh?, la torre del Generalife. Allí creció el príncipe Ahmed, rodeado de guardias horrorosos y mudos, y bajo el cuidado de Eben Bonabben (*Sale EBEN a escena.*), uno de los más viejos sabios de la Arabia, que había pasado la mayor parte de su vida en Egipto entre tumbas y pirámides, investigando jeroglíficos. Las instrucciones del padre de Ahmed fueron clarísimas:

VOZ EN OFF (PADRE DE AHMED)

Recuerda, Eben Bonabben, que si mi hijo llega a saber algo de la prohibida ciencia del amor mientras se encuentre bajo tus cuidados, responderás con tu cabeza.

*EL PRÍNCIPE AHMED está sentado en un cojín, mirando al infinito, con una rosa en la mano, embebido en sus pistilos y sus pétalos. EBEN BONABBEN le observa desde atrás. Se acerca.*

EBEN

Asumo que ya os sabréis las tablas de multiplicar de memoria, mi príncipe.

AHMED

Estuve mirándolas un rato.

EBEN

Veamos, pues.

AHMED

*(Disciplinado, pero muy dudoso.)* Nueve por una, nueve, nueve por dos, ocho, nueve por tres, diecisiete, nueve por cuatro veinticuatro, nueve por cinco cincuenta y cinco, nueve por seis setenta y cuatro, nueve por siete ochenta y dos, nueve por nueve, noventa y una, y nueve por diez, noventa.

EBEN

¡Ajaja! Por fin acertáis con algo, mi príncipe.

AHMED

¿Cómo?

EBEN

De toda la tabla, tan solo habéis acertado en el principio y el final... porque eso es lo que hacéis, ¿no? *(Derrotado por la evidencia.)* Simplemente adivinarlo. A ver, algo más sencillo. La tabla del cinco, mi príncipe, os lo ruego.

AHMED

*(Suspirando, disciplinado, con gran esfuerzo.)* Cinco por una, cinco, cinco por dos diez, cinco por cinco...

EBEN

¿Y qué sucede con el tres y el cuatro?

AHMED

Que... Que... Que se fueron... ¡al teatro...! *(Se ríe, divertido, de su propia rima.)*

EBEN

Mi príncipe, esto es muy serio. Multiplicar es una actividad básica.

AHMED

¿Básica para qué?

EBEN

Básica para... vivir.

AHMED

¿Las flores saben multiplicar?

EBEN

¿Cómo decís, mi príncipe?

AHMED

Que si las flores saben multiplicar. Esta rosa está viva, ¿o no, Eben?

EBEN

Sí, mi príncipe, todas las flores están vivas. Lo sabemos porque, al cortarlas de su planta, se marchitan y mueren.

AHMED

¿Y podría esta rosa vivir sin multiplicar?

EBEN

Podría, sí, pero no podría vivir sin multiplicarse. Si el álgebra no os apasiona, quizá debamos hablar de botánica. Pues bien. (*Coge la rosa que tiene Ahmed.*) Habéis de saber, príncipe Ahmed, que los rosales, o sea, la planta de la que nace esta flor tan hermosa, son un género de floridos arbustos espinosos representantes capitales de la familia de las rosáceas. Coloquialmente, las denominaciones "rosal" (planta), "rosa" (flor) y "escaramujo" (fruto) se usan indistintamente como nombres vulgares para *Rosa*. La flor rosa se compone de raíz, tallo, hojas perennes o caducas, compuestas e imparipinnadas, y la flor tiene hojas completas y hermafroditas con simetría radial o actinomorfas. Existen numerosos tipos de rosas: albas, musgosas, floribundas,...

AHMED

(*Ha estado completamente abstraído mirando el cielo.*) Tengo ganas de volar...

EBEN

... rosas de té... ¿qué?

AHMED

¿Vamos ya a tomar el té?

EBEN

Por supuesto que no.

AHMED

Enséñame a volar, Eben.

EBEN

¡Por supuesto que no!

AHMED

Ah, pero ¿podrías enseñarme?

EBEN

No, mi príncipe. Ni siquiera los egipcios, el pueblo más sabio que ha conocido la historia, averiguó el secreto mejor guardado de los pájaros.

AHMED

Eben, ¡me aburro!

EBEN

Tenéis todo lo que podáis desear, mi príncipe. El Generalife es vuestro reino, de momento, y algún día heredaréis el reino entero de Granada. Las fuentes son hermosas, y el agua que corre...

AHMED

El agua que corre no me aburre, y las rosas de este jardín son muy hermosas, Eben, pero no sé para qué necesito todos esos conocimientos tuyos aquí dentro (*por el Generalife*). Ya no me interesan los números, ni la historia, ni la botánica... Prefiero acariciar a las rosas antes que saber cómo están compuestas. Eben Bonabben, maestro, amigo, necesito algo que me hable al corazón.

*AHMED coge la rosa, que todavía la tenía EBEN, y al cogerla se pincha con una de las espinas. EBEN BENABBEN le coge el dedo donde se ha pinchado, moja un poco su pañuelo y le seca la sangre.*

EBEN

Os he hablado mucho de mi viaje a Egipto, mi príncipe. Sin embargo, creo que no os he mencionado jamás al rabino judío que conocí en El Cairo, ¿no es cierto? Ese rabino judío conoció al famoso rey Salomón, el monarca más justo de la historia, quien a su vez había conocido a la reina de Saba, que pasó su infancia en Egipto... La reina de Saba aprendió de los egipcios el otro secreto mejor guardado de las aves: aprendió el lenguaje de los pájaros. La reina de Saba se lo enseñó al rey Salomón, quien a su vez se lo enseñó al rabino judío que conocí en El Cairo, y fue de él de quien lo aprendí.

AHMED

Eben, no os entiendo.

EBEN

Hoy comenzaremos una nueva asignatura: el lenguaje de los pájaros.